

## PRIMERA PARTE.

### I.

#### A ASTUTO, ASTUTO Y MEDIO.

En las inmensas llanuras que se encuentran hácia el Sur en el Estado de Veracruz, entre las pequeñas aldeas de Jamapa y Tlaliscoyan, orillas de un brazo del rio Alvarado y no tan cerca de la barra de este nombre, para que pudiera considerarse como un puerto de mar, se alzaba graciosa á la falda de una colina y como oculta á la mirada curiosa de los escasos viajeros que por allí suelen transitar, la pequeña aldea de San Roque, cuyo modesto campanario se podia percibir entre el follage de los árboles, dominando el pintoresco caserío.

Esta aldea, medio oculta en una de las quebradas del poco transitado y mal camino que conduce de la barra de Alvarado á la villa de Córdoba, aislada completamente de las relaciones comerciales y políticas, contendria esactamente en la época que comienza esta narracion, de seiscientos á ochocientos habitantes, la mayor parte indígenas, labradores en los sembrados de maíz, de tabaco y de caña que se cultivan en algunas rancherías de las inmediaciones, familias de viejos señores de las ciudades mas cercanas, como Veracruz, Jalapa, Orizava, Cosamaloapam, an-

tiguos guardias de las milicias del virey, retirados ya del servicio, restos de la aristocracia de segundo orden, cuya decadencia comenzaba ya en aquella época, ó hasta media docena de acomodados labradores, que poseían fértiles terrenos en que cultivaban las semillas que tanto abundan en esos climas privilegiados.

Los habitantes de la primera clase, pasaban la mayor parte del día en los campos de las pequeñas haciendas, y solo en las primeras horas de la noche se veían alumbrarse sus cabañas diseminadas sin orden y al acaso en un radio de cuatrocientas varas.

Los segundos habitaban modestas y graciosas casas de un solo piso generalmente, diseminadas también sin orden y según el capricho de su dueño, ya en el fondo de una quebrada, ya á la falda de una pequeña colina, ya al fin de una cañada, ó en medio de una floresta.

Una tarde de los primeros días del mes de Setiembre de 1810, á la hora en que el sol comenzaba á reclinarse fatigado detrás de las lejanas montañas, cuando empezaba á reinar en el espacio esa tinta crepuscular, luz de penumbra que resulta de la lucha entre el sol que se muere y las sombras que nacen; á la hora en que el monótono y lejano ruido de la campana de San Roque se confundía con los cantos de los labradores que volvían alegres del trabajo y el mugido de los bueyes que desuncian del arado, se unieron á los vagos pero infinitos murmullos que reinan en esa poética y sublime hora, los acentos de una música lejana.

¿De dónde nacían esas armonías?

¿Quién, en el rincón de esta aldea abandonada y tranquila, así impregnaba de dulces sonos el aura soñolienta del crepúsculo?

Para saberlo, es necesario que sigamos los pasos de un joven que á la sazón caminaba en la dirección de una calle sombría de árboles y á cuyo fin se distinguía una casita, blanqueando entre ellos á los últimos rayos del moribundo sol.

El que á ella se acercaba con precaución y como temiendo ser visto, era un joven que representaba tener de diez y ocho á veinte años á lo más; pero tan alto, tan flaco, tan nervioso, que

nada más propiamente personificaba que la imagen de ese personaje, que bajo el prosáico nombre de Juan Largo, nos ha descrito el pensador mexicano.

Sus brazos eran algo largos con relación á su cuerpo, y sus manos un poco largas con relación á sus brazos, sus piernas no estaban tampoco en razón muy directa de longitud con el resto de su individuo. Sus facciones bastante pronunciadas para marcarse perfectamente, á pesar de la escasa luz que ahora sobre ella caía, no eran precisamente hermosas, puesto que los ojos eran algo grandes y un poco saltones, las orejas y la nariz grandes también, la barba un poco saliente y la boca con los labios muy lijamente vueltos hácia fuera, dejando entrever dos hileras de dientes blanquísimos y afilados.

Pero por una de esas rarezas tan comunes en la naturaleza, el conjunto de aquella fisonomía huesosa y un poco angular, colocada sobre un cuello prolongado como el de una cigüeña, era, si no hermosa, á lo menos simpática y agradable de contemplar, porque en ella se leían á primera vista la franqueza, la sencilla jovialidad, la generosidad, el valor, todos los sentimientos nobles del alma, que por más que digan, en ninguna parte se retratan más claramente al hombre observador, que en la fisonomía.

En efecto, aquellos ojos vivos, movibles, que lanzaban miradas inmediatamente penetrantes, indicaban desde luego que acostumbraban verlo todo á primera vista; aquellos labios que se entreabrían con frecuencia para formar una sonrisa muy particular, indicaban cierta espresión de chiste caústico y franqueza incisiva, cuando era necesario; aquellas orejas que tanto sobresalían del resto de la cara, parecían ir en efecto á la vanguardia para oírlo todo.

Vestía el joven un traje medio campesino, medio hombre de la ciudad. Componíase de una especie de chupa ó chaqueta de tela grosera, una corbata de color encarnado vivo, anudada sin orden á su cuello y cayendo sus puntas descuidadamente sobre su pecho, unos calzones anchos como ya entonces usaban los habitantes del campo, muy diferentes á los cortos y estrechos que vestían los de la ciudad, ceñidos con una banda de fino burato verde. Unos zapatos herrados y burdos de piel de ga-

muza de color amarillo, y un sombrero de la tela llamada de "Vicuña" entonces muy en boga, cónico, color de canela, completaban este traje.

Ya hemos dicho que el jóven seguía la dirección de la calle de árboles, con precaución y como temiendo ser observado. A veces en efecto caminaba acercándose á la casa que se distinguía al final de la alameda, y despues permanecía un instante atento, lanzando sus penetrantes miradas á través de los campos ya casi oscurecidos.

En aquel momento, la campana de la parroquia de San Roque sonó la oracion.

El jóven se descubrió respetuosamente dejando ver una cabeza rapada á la puritana, cabeza irregular, que tenía un poco del rombo, del cono y del triángulo, cabeza matemática, terminada por una frente ancha, despejada, convexa, verdaderamente hermosa, que debía encerrar pensamientos bullidores, de vida y de juventud. Sus labios perdieron su habitual espresion de malicia y murmuraron una plegaria. Despues, cuando hubo acabado, volvió á cubrirse y continuó su precautoria escursion.

La música seguía sonando y se hacia cada vez mas distinta.

Ya tocaba casi al fin de la alameda.

Derrepente se quedó parado y aplicó el oido en dirección al camino que atrás dejaba andado.

Le parecía haber escuchado un ruido.

El jóven no se había engañado: eran los pasos de una persona que se acercaba y que muy pronto se dejó ver.

Era un anciano que por su traje y sus maneras revelaba á leguas al labrador acomodado y contento con su suerte.

El jóven pensó primero en ocultarse, despues en huir; pero ambas cosas eran sumamente imposibles, puesto que el que llegaba se encontraba ya á una distancia en que ninguna de estas dos maniobras hubiese escapado á su vista. Así es que, el jóven se quedó parado y afectó mirar á la luna, que por uno de esos cambios tan comunes bajo el cielo de los trópicos, en que el crepúsculo dura un instante y en que la noche sucede casi sin interrupcion al dia, comenzaba ya á mostrarse en el firmamento,

todavía medio confundida con las últimas inciertas tintas crepusculares.

El que se acercaba era como hemos dicho un anciano de fisonomía alegre y jovial, un tipo de hacendado, de esos que en México usando de una metáfora ingeniosísima, se llaman "ricos-pobres."

—Ola, ¿eres tú? Gil Gomez: por cierto que nadie te conocería en esa posición tan estraña que guardas, dijo al jóven con espresion de jovialidad.

—¡Ah! ¿es vd? tío Lucas, preguntó éste afectando sorprenderse y apartando sus ojos del cielo.

—Sí; pero ¿qué diablos haces por aquí, así mirando la luna, vienes hácia la casa del buen doctor para consultarle ó estás oyendo tocar á su bella hija la señorita Clemencia.

—Ninguna de las dos cosas, tío Lucas, sino que pasaba por aquí y me ha dado gana de ver entre los claros de los árboles ese cielo tan sereno y esa luna naciente que anuncia una noche tan bonita, respondió el jóven con su sonrisa particular.

—Sí, en efecto, la estación se presenta bien en este mes; pero ¿de cuándo acá, ¡piel de Barrabás! eres tú afecto á contemplar la belleza de las cosas naturales, tú que encuentras demasiado corto para tus travesuras el tiempo que te deja libre de los quehaceres de la sacristía el buen padre párroco?

—¿Qué quiere vd? tío Lucas, con la edad viene la reflexión. Así dice el señor cura que lo ha dicho un sábio cuyo nombre no recuerdo ahora; pero ello es que era un sábio, contestó el jóven dando á su cara naturalmente viva y animada un aire de seriedad grave, que á cualquiera otro que al inocente tío Lucas, habría parecido fingida.

—¡Vaya! ¿y está bueno el señor cura? preguntó el anciano con interés. Hace algunos dias que no lo veo.

—Con razón, tío Lucas, con razón; sus reumas hace una semana que le impiden salir y lo tienen clavado en un sillón de donde no saldrá sino para el sepulcro; yo lo velo y lo cuido como un buen hijo; pero ya vd. ve que la edad tan avanzada á que ha llegado... y el jóven se interrumpió llevando á sus ojos el reverso de su mano y entrecortando su voz con un sollozo, que

otro interlocutor que el tío Lúcas hubiera calificado de demasiado doliente para ser verdadero.

—¡Hum! dijo: no hay que afligirse, dile de mi parte, que mañana pasaré al curato para visitarle, y tú, sigue así siendo tan buen muchacho y ganándote el aprecio de las gentes de respeto.

Hasta mañana, Gil Gomez.

—Hasta mañana, tío Lúcas.

El anciano torció á la derecha siguiendo la direccion de un estrecho sendero que conducia á su posesion.

Gil Gomez permaneció un instante atento, hasta que el ruido de los pasos del anciano se fué desvaneciendo gradualmente y se perdió en el silencio de la noche. Su fisonomía volvió á tomar su habitual expresion de franqueza y travesura y murmuró entre dientes:

—Pobre tío Lúcas, qué bien la ha tragado; pero hubiera yo quedado fresco si me sorprende el secreto de mi expedicion, ¡Jesus! ¡qué chismero me hubieran armado en el curato! ¡Puf! ni pensarlo quiero.

Y dichas estas palabras se preparó á continuar su interumpida marcha.

La música seguia sonando siempre, y salia, ya no habia que dudarlo, de la casa á que ya llegaba Gil Gomez.

Era una casa de un solo piso, cuyo ancho y sólido porton pintado de color verde, y situado entre dos ventanas de madera del mismo color, se elevaba encima de una escalinata de cuatro gradas; las ventanas, por el contrario, estaban al nivel del suelo; de cada lado de ellas se habia formado un bosquecillo de esos árboles pequeños, siempre verdes, que tanto abundan en los países cercanos á las costas de Veracruz, y que se continuaban de cada lado formando un semicírculo, con la alameda que con tanta precaucion hemos visto atravesar á Gil Gomez.

La luna, que alumbraba á sus ojos esta escena, se ocultó repentinamente, pareciendo favorecer los intentos del jóven, que con un paso tan silencioso que ni el oído finísimo de un perro hubiera percibido, se deslizó hasta el bosquecillo de su derecha, murmurando:

—Ahora sí, aquí estoy bien y puedo calcular el momento mas favorable. Pero como no esté ahí ese maldito perro Leal que debe ser lo menos primo hermano de Satanás, segun su astucia, porque entonces todo se lo llevó la trampa....

Gil Gomez habia escogido un buen punto de observacion; protegido por los árboles habia llegado hasta un lado de la ventana y desde allí podia sin ser visto presenciar lo que pasaba en el interior de la habitacion.

Avanzó con su misma precaucion la cabeza por entre los barrotes, y con una mirada rápida como el pensamiento, miró lo que vamos á decir:

La habitacion era estensa, no habia en ella mas muebles que un par de canapés de sólida madera con asiento de lo mismo, ocupando los dos costados de ella, del mismo lado en que se hallaba Gil Gomez, una mesa grande de madera de cedro colocada precisamente en frente de la ventana y por consiguiente en frente de él y un inmenso y amplio estante que ocupaba los lienzos restantes de la habitacion. Pero en cambio, ese estante estaba atestado de libros, y encima de él se veian pájaros disecados, instrumentos de química, retortas, frascos grandes con fetos ó pequeños con líquidos de diverso color, esferas geográficas y otros mil objetos; pero todo colocado con cierto orden, clasificado de cierta manera que revelaba desde luego el gabinete de un hombre estudioso, consagrado á la ciencia, y no la oficina de un charlatan.

Aquel era el estudio de un médico, y por si Gil Gomez lo hubiese ignorado, habrian bastado á desengañarle dos esqueletos encerrados en sus nichos y colocados en los dos únicos ángulos de la habitacion que él podia contemplar desde la ventana y que parecian mirarlo sonriendo con esa risa sarcástica de las calaveras, que tal vez se creyera que se están burlando de la humanidad que al verlas suspira.

Un estremecimiento de horror que circuló por el cuerpo de Gil Gomez, denunció desde luego al jóven todavia cándido, que conserva la supersticion religiosa de los primeros años de la vida.

De codos sobre la mesa, apoyada su frente en una de sus manos, con la vista fija en un libro abierto, y sentado en una ám-

plia butaca tambien de madera de cedro con asiento y respaldo de cuero amarillo, habia un anciano que leia á los ténues respaldadores de una lámpara que alumbraba escasamente el resto de la habitacion.

Aquella frente surcada con las huellas que dejan el estudio y la meditacion, aquella cabeza cuyos cabellos habian ido arrancando poco á poco las vigiliás, é inclinada hácia el pecho, aquella fisonomía tan pensadora, denotaban desde luego una juventud pasada en la reflexion, en la observacion de las ciencias naturales, ciencia de la humanidad que envejece á los hombres en pocos años; pero que en medio de esa vejez les imprime un sello de juventud por decirlo así, y de vida, vejez que nunca es ridícula, vejez que despierta en el corazon de la juventud un noble respeto.

Este anciano era en efecto un médico, que despues de haber ejercido largos años su noble profesion en algunas ciudades de Europa y de la Nueva-España, habia venido hacia pocos años, fatigado del bullicio de la sociedad, á vivir con el producto de su trabajo de treinta años, en el rincon de esta aldea oculta y apartada del mundo, con su hija, fruto de su pasion con una jóven inglesa, que hacia diez y ocho años habia desposado en su país por gratitud, y que habia muerto al pisar las abrasadas costas del Golfo de México; con su hija, hermosa niña, que solo diez y siete veces habia visto cubrirse de verdes hojas los árboles, inocente, pura y amorosa como las palomas de los bosques en que habitaba, tierna y sencilla como la primer sonrisa de un niño.

El doctor habia dividido su tiempo entre la educacion de su hija, sus estudios y el recurso á los desgraciados y á los pobres enfermos que desde diez leguas á la redonda, le llamaban bendiciéndole, su padre querido, su Providencia, el amparo de los desvalidos.

Si en aquel momento el doctor hubiese levantado la cabeza del libro en que atentamente leia, hubiera observado en la ventana, frente á él, pegado á los barrotes, una cabeza que le observaba con cuidado.

—¡Bueno! dijo para sí Gil Gomez, ¡bueno! el doctor estudia en su gabinete y la señorita Clemencia toca el piano en su ha-

bitacion. ¡Bueno! como ese maldito perro Leal se encuentre ya en los corredores de adentro, la cosa marcha á las mil maravillas. Veamos.

Y con la misma precaucion con que lo hemos visto llegar á la ventana de la derecha, Gil Gomez se deslizó, siguiendo la direccion semicircular que limitaban los bosquecillos, hasta la ventana del lado opuesto y antes de observar lo que pasaba en el interior de la habitacion, se quedó un momento de pié.

Tocaban el piano, pero desde luego se conocia que la persona que con tanta dulzura despertaba á las dormidas brisas de la noche, no era por cierto una aldeana y comprendia perfectamente el sublime espiritualismo de la música.

El piano preludiaba la música de una melancólica balada inglesa ya antigua en aquella época; pero impregnada de triste poesía y dulce misticismo.

Despues, una voz argentina, pura, vibradora como las notas menores de un clavicordio, es decir, con una vibracion medio apagada, se mezcló á las dulces entonaciones del piano y recitó en inglés las estrofas de la balada.

Eran las palabras que una jóven dirige al amado de su corazon en el momento en que este parte á lejanas tierras para buscar fortuna y gloria en la guerra: cada una acababa con ese "Farewell, for get me not" de los ingleses, con que tanto quieren decir y que no tienen traduccion en ningun idioma.

Aquella voz dulcísima que cantaba en un idioma extranjero las estrofas moduladas en la mística música de los puritanos, estrofas que espresaban sentimientos acaso en acuerdo con los que ahora dominaban el corazon de la cantora; aquella voz oída en el rincon mas oculto de una ignorada aldea del Nuevo-Mundo, aquella jóven hermosa, hija de un anciano médico, inglesa por nacimiento y por sentimiento, mexicana por educacion y por idioma, aquella noche tan tibia de Setiembre, aquella brisa cargada de aromas y de armonías, hubieron de hacer una impresion tan profunda en el corazon de Gil Gomez, que se quedó extasiado con las pupilas fijas y los labios entreabiertos, con el oido atento por la emocion, como queriendo aspirar los perfu-

mes, como queriendo escuchar las melodías de aquella brisa que hasta él llegaba.

—¡Oh! dijo con visible emoción; ¡cuán hermosa es ella, y él qué dichoso; pero cuán desgraciados van á ser ambos dentro de poco!

Y al decir estas palabras, la cabeza volviendo á recobrar su imperio sobre el corazón, el jóven se acercó á la ventana y con la misma mirada particular con que lo hemos visto recorrer el gabinete del médico, registró violentamente el interior de la estancia.

La misma sencillez en los muebles colocados con ese orden que revela la tranquilidad, el bienestar de la vida de provincia; pero ese perfume, esas delicadezas, esos detalles que solo en el gabinete de una jóven hermosa y aristócrata se encuentran: el lecho de metal sencillo; pero con un pabellon blanquísimo de muselina con lazos encarnados, el tocador de madera de cedro barnizada, pero cubierto de esas chucherías primorosas, arsenal desde donde las mujeres se preparan al combate de corazones: la mesa sencilla y modesta; pero adornada con un jarrón de nívea porcelana cubierto de flores, el pavimento de madera; pero sin que un ojo indiscreto pudiese encontrar ningun objeto que alterase su tersura; flores en todas partes, flores en el tocador, flores en la mesa, flores en la ventana, y por último, una jóven de diez y siete años, blanca como una inglesa, pálida como una estatua de mármol, con una frente despejada como un cielo de verano, con unos ojos de ese azul oscuro particular que dejan transparentar las niñas y que lanzan una mirada prolongada, adormecida, silenciosa, con una nariz recta y fina, casi trasparente hácia las estremidades, con una boca pequeña como la de un niño, que nunca se entreabre para dejar caer un sarcasmo ó un chiste, que solo parece formada para exhalar plegarias ó palabras de amor, unos cabellos suaves de color castaño oscuro, bajando á los lados de la frente, cubriendo unas orejas pequeñas y finas y anudándose hácia atrás para formar ese sencillo peinado de las inglesas; un óvalo de cara, un tipo peculiar, un cuello, una estatura, altiva y sencilla á la vez, modesta y aristocrática, como la mas hermosa de las mujeres de la Biblia, "Ruth

la espigadora" y luego esa jóven que entona un cantar místico y armonioso como todos los de los Puritanos, y una jóven huérfana que en su semblante está revelando la pureza de sus sentimientos, la inocencia, la pasión, la poesía de su aislamiento.

Todo esto contempló Gil Gomez en un momento; pero tambien contempló muy á su pesar un enorme perro, que con la cabeza entre las piernas vuelta hácia su ama, dormitaba ó aparentaba dormir.

El jóven se hizo atrás tan violentamente para no ser visto por el perro, que produjo un ligero ruido en la ventana.

El animal volvió la cabeza hácia ella y gruñó sordamente, pero aquel ruido habia sido tan ligero, tan semejante al que produciria una hoja seca al desprenderse del árbol, que volvió indolentemente la cabeza á su primera posición.

—Maldito animal, murmuró Gil Gomez, si no se quita de ese lugar todo se echó á perder y no puedo cumplir fielmente el encargo de Fernando. Además, va haciéndose ya muy tarde y van á estrañar mi presencia en el curato.

Entonces se entabló una lucha entre el animal y el hombre, lucha de astucia, en la que este último debia quedar indudablemente vencido.

Gil Gomez, protegido por los sonidos del piano, volvió á avanzar con precaucion la cabeza conteniendo hasta la respiracion. Pero esta vez, sea que el perro hubiese sentido al jóven, ó que lo hubiese visto, se separó de su sitio y se acercó la á ventana ladrando estrepitosamente.

—Leal, quieto; aquí, dijo la jóven con su misma voz de música que ya hemos escuchado y con su acento lijeramente extranjero; pero tan ligero como el que se puede recibir de la costumbre de hablar su idioma primitivo los tres primeros años de su vida para no vorverlo á hablar mas. Leal lanzó otros tres ó cuatro ladridos que se perdieron por la vasta estension de los silenciosos campos.

—Leal, aquí, volvió á repetir la jóven.

El animal, no viendo moverse ni una hoja en el campo que podian abarcar sus ojos, lanzó un último ladrado y se volvió se-

funfuñando descontento á su sitio; pero con la cara vuelta á la ventana.

La jóven seguía cantando sin sospechar la vigilancia de que era objeto.

Gil Gomez consideró que un perro de la especie de Leal no sería muy fácil de ablandar y que al verle en la ventana, armaría un escándalo capaz de alarmar al doctor y á los demas criados de la casa; el bosquecillo en que tan violentamente se ocultó durante la presencia de Leal en la ventana pudo solo evitarlo.

Así es que resolvió alejarlo de aquel sitio; para lo cual se internó en el bosquecillo que se confundía con el costado izquierdo de la casa hácia el cual daban tres ventanas de las piezas interiores de ella y produjo un ruido en una de las vidrieras, ruido que nadie mas que el animal percibió, pues se lanzó ladrando fuertemente al interior de la casa.

Fué tan violenta la accion del perro, que la jóven dejó de cantar y se paró del piano diciendo de nuevo:

—Vamos, Leal; aquí.

Pero despues, oyendo que los ladridos del animal se iban alejando hácia el fondo de la casa, volvió al piano murmurando:

—Qué sé yo que tiene Leal esta noche.

Gil Gomez, despues de haber llamado la atencion del perro á otra parte, alejándolo por un momento, se deslizó por el bosquecillo, lijero como el pensamiento, hasta volver á la ventana, á cuya vidriera dió tres golpecillos tímidos y discretos.

—¿Quién llama? dijo la jóven lijeramente asustada.

—Yo, señorita Clemencia, yo soy, dijo Gil Gomez procurando dar á su voz un tono de confianza y seguridad para tranquilizar á la jóven.

—¡Ah! ¿es vd? señor Gil Gomez, dijo ésta acercándose á la ventana.

—Sí señorita, respondió Gil Gomez sacando precipitadamente un papel y poniéndolo en manos de la jóven; yo que traigo este encargo de Fernando.

A esta accion y á este nombre, la jóven se estremeció de alegría y se ruborizó de sorpresa, tomando el papel que le entregaban.

Gil Gomez iba tal vez á continuar hablando; pero los ladridos del perro se escuchaban cercanos y solo pudo decir precipitadamente:

—Buenas noches, señorita Clemencia.

—Adios, señor Gil Gomez, mil gracias, dijo ésta con su misma dulcísima y argentina voz.

Despues se aproximó á la bujía colocada encima del piano y leyó trémula de emocion las siguientes palabras:

“Clemencia:

“Mañana debo partir, hoy, como ya acaso sabrás por el doctor que ha hablado con mi padre, ha llegado el despacho y la orden del señor virey Venegas.

“Tenemos muchas cosas que decirnos por la última vez.

“Si me amas, espérame esta noche al dar las doce junto á la puertecilla del jardin que da á los campos, donde podremos hablar libremente, porque esta noche, no debe ir mi padre á visitar al doctor.

“¡Ah! ¡por qué triste motivo nos juntamos!

“Adios.

“FERNANDO.”

—¡Ah! crueles, ingratos, quieren separarnos, nos van á arrancar el uno del otro, dijo Clemencia dejándose caer de codos sobre el piano y ocultando su cabeza entre las manos para sollozar.

Cuando Leal se acercó á la ventana de la habitacion, solo pudo oir el rumor de los pasos de Gil Gomez que se alejaba corriendo.

Esta vez, la primera de su vida, Leal habia sido burlado, completamente burlado en sus barbas, y cerca de media hora permaneció en la ventana, ladrando fuertemente por intervalos, confundiendo sus ladridos con los de los demas perros de San Roque, sin ser notado por su jóven ama, que con la cara oculta entre sus manos continuaba sollozando dolorosamente.